

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

19



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1978

sucedía con la mayoría de los liberales. Sin embargo en lugar de constituir aquello una dificultad resultaba ser un nuevo estímulo.

Al hacerse las elecciones de la Mesa Directiva del Congreso resultó electo Presidente, no obstante pertenecer al grupo de los liberales puros; pues la mayoría la controlaban los liberales moderados. Este hecho indica el prestigio de Arriaga.

Duras batallas parlamentarias tuvo que sostener con los moderados en asuntos trascendentales, como en lo relativo a la posesión de la tierra.

Esta cuestión, que la había estudiado a fondo, era una de las que más le preocupaban y a toda costa pretendía que se introdujeran en la Constitución algunas bases protectoras de los pequeños propietarios.

Formaba parte de la comisión encargada de redactar el proyecto de constitución y en esos momentos trató de introducir las normas agrarias en que tanto interés tenía; pero aun sus compañeros liberales puros no las aceptaron, de manera que se vio precisado a formular un voto particular, que puede tomarse como modelo todavía, cien años después de formulado. En concreto la historia, o más amarga, que principia desde el momento en que los indios fueron despojados de las tierras en que habían nacido, no acaba de escribirse.

Por su brillantísima labor en el Congreso Constituyente del 57 fue declarado padre de la Constitución, ya que numerosos diputados liberales se inclinaban por el restablecimiento de la Constitución de 1824 con ligeras modificaciones. Su elocuencia salvó la situación.

Como todos los liberales de prestigio y de personalidad propia sufrió persecuciones y presidios. Compartió con Juárez, Zarco, Ocampo y otros muchos liberales el destierro durante la última dictadura de don Antonio López de Santa Anna.

Fatigado por tantas luchas y sinsabores, pero no vencido falleció don Ponciano en su ciudad natal, San Luis Potosí, el 5 de enero de 1863. Sus restos descansan en la Rotonda de los hombres ilustres en la ciudad de México.

EL HOMBRE EN SAN LUIS POTOSÍ

I. LO INNATO

OCTAVIANO CABRERA IPIÑA

Los aborígenes

OTEANDO ENTRE LAS sombras de un remoto pasado, podemos imaginar un extraño panorama, dentro del cual, entreveremos la parte más elevada del altiplano potosino como un paisaje de extensas llanadas cubiertas de pastizales y moteada en los bajíos arreicos por profundos lagos; era el último reducto de un declinante mundo zoológico que desaparecía lenta pero irremediamente desde la última glaciación. Los postreros ejemplares del toco caballo americano y del bisonte gigante, ágiles de pezuñas, cruzaban aquellos espesos zacatales donde casualmente se veían grupos de enormes y peludos mamutes, lentos y pesados, saliendo de entre los bosquecillos de altas y rugosas encinas donde moraban resguardándose de los rigores climáticos. La ecología de la región les daba aún lo requerido para seguir viviendo en aquel mundo evolutivo y mudante en el cual habían pululado por milenios. Pero el clima propendía a ser cada vez más seco y caliente, siguiendo el cambio anormal del ciclo inexorable del cuaternario.

En aquel paisaje apareció en tierras potosinas el primer grupo de hombres. Llegó éste corriendo, extrañado en su parte, tras las manadas de cuadrúpedos que lo sustentaban. Eran pocos los recién venidos, de aquella raza arrebozada en pieles, de cuerpo ancho y mentalidad angosta, creada en las ventiscas de la estepa siberiana y reproducida y multiplicada durante milenios en las praderas septentrionales de Norteamérica, dejando aquí y allá vestigios de su fugaz estadía que, de vez en vez, salen casualmente a la luz entre profundidades ignoradas. Eran dolicocefalos, de frente estrecha y de-

primida, las fosas nazales anchas y nariz aplastada; los pómulos salientes, las mandíbulas amplias y dientes ennegrecidos; chaparros, cargados de hombros ellos, y de caderas las mujeres; lampiños y, en total, un conjunto rudo y macizo, rebultado de músculos, de piel oscura y cabelleras hispidas. ¡Debieron ser entes preciosos!

Vivían como podían, debajo de cualquier rebujal, pero si encontraban alguna cueva o covacha más o menos adecuada, ahí se instalaban de por vida y no se salían de ella ni después de muertos, ya que ahí mismo lo enterraban. Estos individuos fueron tradicionalmente cazadores y recolectores pues era de los animales de donde sacaban su principal sustento y abrigo, completando sus dietas con lo que el monte les deparaba, que eran muchas las plantas edibles que se encontraban.

Nadie sabe con certeza cuándo ocuparon estos terrenos puesto que nunca se ha investigado el caso, pero por observaciones fortuitas se deduce que no hace menos de diez mil años ya andaban por aquí. Vinieron de los enormes ámbitos norteros descendientes de los que pasaron un día el estrecho de Juan de Fuca, hoy de Bering y que, por aislamiento o atavismos, se mantuvieron por milenios en el mismo horizonte cultural de la edad de piedra, tan cómodamente adaptados a él puesto que, dada su naturaleza y la vida que llevaban, no hicieron mayor esfuerzo por evolucionar y salir de su rutina primitiva. Desde luego que, tan connaturalizados estaban con el medio que su vida era fácil y sana, subsistían apegados a la naturaleza que les rodeaba y a la fauna que perseguían, siendo sus descendientes fuertes y su procreación abundante y natural.

Corrieron milenios, ignotos y anónimos, durante los cuales los climas se volvieron cálidos y resecos, incómodos y nocivos para las especies animales; los pastizales de gramíneas se trocaron en breñas y nopaleras, las encinas cedieron el lugar a los mezquites y el suelo se cubrió de dañinos hierbajos de repelente sabor. La mayor parte de las espléndidas bestias se extinguieron, preponderadamente los mayores y con ellas, los temibles carniceros; pero el hombre, en lugar de desaparecer se adaptó, evolucionando lenta, dolorosamente, en sus costumbres y dietas y sobrevivió.

Sus armas ahora eran otras, había cambiado el acatl o lanza-dardos, las boleadoras y la pica, por las flechas, mucho más rápida para clavarse en las costillas del fugaz antílope. Las cactáceas, el metl o maguey y los cimatlís (papas) complementaban sus magras comidas. Del corazón del sotol y del ocaxtle del maguey confeccionaban tortas y, mezquitamal de las vainas del mezquite, además tenían las tunas, el pulque, la miel y muchas plantas nutri-

tivas. Así es que cuando volvieron a verse afligidos por las tremendas sequías de los siglos IV y III anteriores a nuestra Era, ya eran duchos en sortear las crisis climáticas que arrastraban largos períodos de necesidad, aunque a su favor tenían los múltiples microclimas de la ladera potosina que se extendía desde el seco altiplano hasta las recién emergidas marismas de la costa del Seno Mexicano.

Teniendo en cuenta este puñado de datos, podemos penetrar un poco en el desvanecido misterio de nuestros primitivos antecesores en su luenga e ignota estada en este territorio.

Suponiendo que una pequeña tribu de veinte gentes haya llegado ahí hace un ciento de siglos y, dándole un lento y nuciente desarrollo, castigado por mil causas adversas, más las naturales emigraciones de zona, en ese largo período de tiempo deben de haber sumado muchos cientos de miles sus descendientes. Creo que entre los siglos I al X de nuestra Era la población del actual territorio del Estado de San Luis Potosí, debe de haber alcanzado un máximo hasta ahora apenas superado según vamos a ver.

Un día de nuestra prehistoria, aún no precisado, llegó otra misteriosa raza que ya tenía un horizonte cultural bárbarico. Entraron por el gran río en múltiples acallis (canoas) apoderándose de todas las tierras bajas del territorio, cautelosamente primero, después, según iban creciendo en población, abiertamente, en son de conquista, arrinconando en la abrupta sierra o en las selvas a los primitivos habitantes, a los del horizonte lítico, que no se dejaban domeñar de buen grado por aquellos invasores mayas.

Al cabo de siglos, éstos eran fuertes y cultivaban el maíz, vivían en pueblos; muchos y grandes pueblos de complicada organización, con llamativos centros ceremoniales que eran residencias de caciques y sacerdotes.

Parece que llegaron en el siglo III de nuestra Era, y fue tal su expansión en tan largas temporadas de paz y buenas cosechas, que para el año de 900 ocupaban no solamente las tierras bajas de nuestra llanura costera, sino que también los extensos y ricos valles del escalón intermedio, los de la cuenca del río Verde. Fueron tan grandes sus pueblos y tan densa su población que el mapa arqueológico de la zona apenas si los contiene. ¿Cuántos fueron? Incontables tal vez, que se desbordaron invadiendo toda aquella región de tan gran potencial biótico y ecológico que les sostenía favorablemente el cultivo del preciado alimento de Quetzalcóatl: el maíz. Además, la numerosa población autóctona, nuestros primitivos cavernícolas, los proveían de abundante mano de obra y de mercado para sus huyules (cántaros) y granos, desconocidos en las áridas llanuras del altiplano.

Hay indicios de que esta ocupación duró alrededor de diez siglos, en los cuales, si se tiene en cuenta un moderado porcentaje en el aumento de población, la que se desenvolvía en un medio quieto y libre de grandes epidemias, el resultado puede ser un censo de cientos de miles repartidos desde la costa hasta Rioverde.

Un indicio es que, cuando fueron a Teotihuacan, construyeron según sus tradiciones dos montes enormes, uno a Tlálloc y otro a Tlalzoltéotl, como no se habían visto otros en aquellas tierras del Sur. El grado de civilización que alcanzaron fue uno de los más vigorosos en las Américas. Su cultura y arte los sitúan entre los aborígenes de máximo adelanto en México y, en San Luis Potosí, indudablemente no hubo nunca otro pueblo aborigen más aventajado.

Aquí, donde el hombre pudo domeñar la tierra y hacerla su principal fuente de sustento, la densidad demográfica se mantuvo superlativa y daba suficientes soldados para mantener a raya las tribus agresivas del Norte; hombres para el trabajo de las sementeras, e inspirados sacerdotes para crear la compleja trama de su panteón. Sus deidades importantes eran cuatro, aunque innumerables sus dioses menores. En sus centros ceremoniales siempre había grandes templos para Tlalzoltéotl, la eterna diosa de la reproducción y de la tierra; Tlálloc, el de la lluvia, y Ehécatl el del viento, a más del importantísimo Quetzalcóatl, el que les dio el maíz. Desde luego que, como nación de agricultores, los elementos era lo que les preocupaba preponderantemente, ya que estaban expuestos a los caprichos climáticos del Golfo. Sus artífices produjeron una cerámica cuyas obras de arte no eran inferiores a otras de esa época, siendo la lítica también toda una industria cuyas obras son de admirar. También practicaban el deporte, pues en todos sus pueblos, al lado de los centros ceremoniales, se ven las canchas donde jugaban a la pelota y se disputaban la máxima presea: los bien labrados yugos de piedra.

Cultivaban y fumaban el tabaco en pipas zoomorfas, de barro y piedra; se confeccionaban telas de algodón para las minifaldas de sus mujeres, teñidas de brillantes colores, por lo que constatamos que no hay nada nuevo bajo el sol. Hacían papel de amate y eran duchos en modelar figurillas de barro de muy distintos estilos. Las de mujeres desnudas de piernas gordas y caderas abultadas son muy comunes, aunque había otras de clásicas proporciones perfectamente conformadas. Otras más en las que se ven las modas usadas en aquellos lejanos días del año del 900 con todas sus elegancias vikinescas. Hay figurillas masculinas que demuestran un prognatismo acentuado, siendo éstas las de los cabezas chatas, con sus altos copetes y complicados tocados de pieles y pedernales.

Sus casas y templos, siempre sobre un terraplén más o menos alto, según la categoría de la estructura, lucían formas bizarras, elegantes y extrañas, aunque estaban hechas de materiales delesnables que no resistieron al paso de los siglos: bahareque y reboques de cal policroma, con techos de palma y zacatón de las ciénagas, cerrando el ápice con un gran apaxtle de barro en forma de pecho maternal.

Encontramos ahora en toda la zona los sitios de sus pueblos formados por grandes núcleos de montículos y cúes, como el que está cerca de San Rafael, en el municipio de San Ciro; como los Juzgados y El Revolcadero, en Rayón, o los de Cieneguilla y San Diego a orillas del río de Los Morales en Rioverde. Muy espectaculares son los de Tantoc y Pueblo Viejo en la Huasteca Potosina y muchos otros más que sería muy largo enumerar.

Pero no solamente en las tierras bajas fueron conquistados y sometidos los primeros habitantes de estas tierras, puesto que también en el altiplano se vieron expulsados y dominados por gente venida de Occidente: los náhuatl o mexicas. Subieron éstos del lado del Pacífico en son de guerra, con mucha gente; gente bárbara y cruel que gustaba bañar a sus sádicos dioses con la sangre de sus enemigos. También eran agricultores además de cazadores y sabían cómo hacer sus casas, y bien las hacían de adobe (xamitl) y varios pisos de altura.

No cabe duda, siguiendo la localización de sus pueblos, que además de pequeños, se ve que no tuvieron en San Luis Potosí sus mayores concentraciones, pues su esfera de influencias se encontraba para el lado de Zacatecas y Jalisco. Aquí se extendieron sobre y entre los grandes tunales del rincón felsítico del Estado, en donde dejaron vestigios de su ocupación que ha de haber durado alderredor de 500 años. Sus pueblos se encontraban en los valles de Tangamanga, San Francisco, Bledos, la planicie de Arriaga y Cerro Prieto, pero no pasaron hacia el Norte donde seguían viviendo las salvajes tribus chichimecas y sus parciales que, acosados por ellos, les daban víctimas para sus altares.

Su cerámica es peculiar, de un solo estilo poco variado, decorada con dibujos lineales en negro y en rojo sobre fondo siena. Eran grandes guerreros y aunque peleaban constantemente con los vecinos norteños, se ve que la llevaban bien con los de las tierras bajas puesto que tenían un activo comercio con ellos.

Sus dioses eran otros: Xipe, el dios desollado rojo que florece todas las primaveras (la tuna) Coatlicué y Huitzilopochtli, el de la guerra y el fuego,

se distinguieron preponderantemente en su abigarrado panteón, todos ellos ávidos de corazones. . .

Contando los sitios donde hay vestigios de sus pueblos de adobe, creo que la población náhuatl en San Luis Potosí alcanzó entre doscientos y trescientos mil habitantes los que al finalizar el primer milenio de nuestra Era y agregados a los cientos de miles que existían en las tierras bajas y los valles del río Verde, más los primitivos que ocupaban las enormes llanuras del norte y las escabrosas sierras intermedias, deben de haber sumado entre todos, cuando menos, millón y medio de individuos contando todas las distintas naciones y sus parcialidades.

La expansión demográfica tomaba curvas ascendentes de mal presagio, pero inesperadamente viene el cambio brusco de clima, la gran sequía de los años 1275 a 1300, que marca los índices más reducidos en los anillos arbóreos y, con ellos, la desaparición de los lagos, aguazales, manantiales y ciénegas en el territorio potosino.

Esta prolongada sequía trajo a los pueblos de agricultores una carencia absoluta de cosechas (entonces no se podía traer nada de Texas) y una disminución de plantas edibles en los montes, además de la casi extinción de la fauna. Tan numerosa población como existía en nuestro territorio potosinense sufrió de hambre y sed, que no soportaron los ancianos ni los niños y que ha de haber traído sobre aquellos populosos pueblos, dificultades sociales sin cuento: revoluciones intertribales, guerras, invasiones y, al final, la trasmigración de los que quedaban, buscando tierras más fértiles hacia el Sur.

Tanto el altiplano como los valles del río Verde y la planicie costeña se quedaron solos, abandonados los pueblos, vacías y polvosas las cementeras, ennegrecidos los campos por los incendios, secos los ríos, las fuentes, y los arroyos mostrando los arenales y pedruscos de sus fondos, carentes del preciado hilillo de agua zarca de antaño.

Pasaron décadas anónimas, mejoró de nuevo el ciclo de lluvias y las dispersas tribus norteñas de los adaptables y salvajes chichimecas que vivían en el desierto, ocupando aquellas llanadas y rebujales, comenzaron a invadir San Luis y, solapadamente primero, después con redoblados bríos, volvieron a ocupar sus tunales, planicies y serranías, posesionándose de todo lo que vacío encontraron.

Bajaron así mismo otras naciones del norte, tribus poderosas que vagaban

de uno a otro lado en aquel reacomodo de población característico de esos siglos, ignorándose los motivos de estas gigantescas migraciones.

Eran muchas las tribus de distintas lenguas y dialectos, y éstas se dividían en parcialidades de más o menos número, obedeciendo siempre al cacicazgo autóctono de un jefe de guerra y caza. El territorio potosino se lo dividían dos grandes naciones: los guachichiles al poniente, emparentados con los sioux de las praderas centrales de Norteamérica y los pames al Este, hasta la Sierra Madre, los cuales se hicieron fuertes en lo más escabroso de aquellos montes, descendientes tal vez de nuestros arcaicos cavernícolas. Eran estas naciones de mucha gente, temidas por todos por indómitas y crueles; espigados guerreros, pintado el cuerpo de rojo y amarillo, ágiles y magníficos flecheros. Xale, Maticoya, Copus y Guaname en el altiplano; Machicab, Guashcalo y Macolio por el río Verde, eran poderosos jefes de grandes tribus en el siglo XVI.

No cultivaron nunca la tierra, pues eran cazadores recolectores y vivían de lo que la naturaleza les deparaba, que muchos animales y sabandijas había, así como infinidad de plantas aprovechables que ellos bien conocían; teniendo en cuenta que eran manjares buenos para el paladar y estómago de aquellos primitivos aborígenes de nuestros campos.

Desde 1330 hasta 1550 ocuparon la zona sin disturbio mayor, salvo las pequeñas y continuas escaramuzas entre ellos mismos, pues peleaban por cualquier causa insignificante o simplemente por hacer mitote al cabo de una borrachera. Dado lo difícil de su primitiva vida, deben de haber subsistido únicamente los más bien dotados y, si tenemos en cuenta el constante expurgo de las pequeñas guerras intertribales, el crecimiento de esos grupos debe de haber sido lento, ya que las bajas eran constantes y el cuidado de sus críos negligente y despiadado. Pocos llegaban a viejos y éstos eran abandonados a su suerte tan pronto como no podían bastarse a sí mismos.

Perduraron dentro de los límites de sus respectivas querencias, en su vida trashumante, hasta bien entrado el siglo XVI y para entonces el aumento de población era ya considerable. De las tribus existentes en el territorio potosino en 1527, según historiadores y cronistas de aquellos años, se calculaban más o menos las siguientes:

Chichimecas	380,000
Pames	60,000
Huastecos	250,000
Mexicas	60,000
Total	750,000

Después vino el cruento choque con los hispanos y sus secuaces, guerra de conquista a sangre y fuego, sin cuartel, entre los aborígenes y las tropas coloniales formadas por indios, mestizos y unos cuantos dirigentes españoles. Duró esta guerra cincuenta años, lleno de crueldad por unos y otros, con algunas grandes batallas como la de la Boca de los Bledos y de Charcas; mil escaramuzas, persecuciones, asaltos y emboscadas, y no hubiera sido la gesta adversa a los embijados guerreros guachichiles si no hubiera intervenido el otro enemigo: la peste. Entre viruela, matlazahuatl (tifo) y sarampión, acabáronse tribus enteras ya que hubo rancherías de más de mil habitantes que, después de las epidemias, quedaron reducidas a unas cuantas docenas de individuos.

Entonces, en unos cuantos años, la población del territorio potosino bajó hasta cerca del fondo de la gráfica, casi a los límites del principio, allá cuando llegaron los primitivos cavernícolas...

¡El territorio del Estado estaba en otras manos y casi despoblado a finales del siglo XVI!

II. LOS NUEVOS GENES

Durante más de cincuenta años pelearon como fieras los chichimecas en su ínsula territorial del centro de México, causándole al gobierno de su Majestad la más costosa e insuperable dificultad de toda la conquista, pues durante esos cincuenta años tuvieron que mantener en pie de guerra un enorme ejército, construir innúmeros fuertes y presidios, hacer armamentos y sufrir la pérdida que representaba la disminución de la saca de metales en esos territorios tan ricos en minas. El asunto fue tan serio que hubo momentos en que se encontró en bancarrota el tesoro del Reino.

El virrey Dn. Luis de Velasco el II, teniendo en cuenta la fracasada guerra de sus predecesores para lograr someter a tan aguerridos indios y buscando recortar los gastos de esa desastrosa campaña a la cual no se le veía el fin, accedió a pactar con ellos a través del capitán Miguel Caldera, un aguerrido mestizo que creía más en la diplomacia que en la espada, con el fin de atraerse a su gente. Se comprometieron a entregarles los suficientes víveres con tal de que viviesen en algún poblado bajo la dirección de los frailes, por lo cual se mandó se les donase por cuenta de la Corona el ganado y semillas que requerían para su sostenimiento, pues si ellos eran nativos de estas tie-

rras, muy justo era que vivieran como señores de ellas y no como siervos de los colonos.

Empero, los cuatro jinetes del Apocalipsis dejaron tan extenuados a los indios del Tunal, que se rindieron a aquel capitán que los comprendía y se acasillaron en los lugares que les indicaron.

Acababa el capitán Caldera de pacificar el Gran Tunal y las áridas estepas norteñas, cuando dio con las ricas minas argentíferas del Cerro de San Pedro, que provocaron un arrebato de entusiasmo entre las avanzadas de la colonia.

La creciente riqueza de las minas del Tunal fue lo que dio pie para fundar el pueblo de San Luis en el único lugar cercano con agua abundante para procesar el mineral.

Se fundó en 1592 por Dn. Juan de Oñate, Miguel Caldera, Gabriel Urquiz Fuenmayor y fray Diego de la Magdalena, poniéndosele el nombre de San Luis en honor al virrey Dn. Luis de Velasco, conde de Santiago, y a San Luis Rey, patrono de los terciarios de San Francisco, agregándosele el de potosí poco después por su riqueza en oro y plata.

El término potosí viene del quechua, poc-tosi o sea cerro que hace ruido, palabra que los españoles incorporaron al idioma como sinónimo de riqueza minera.

Se fundaron también otros asentamientos de población donde acasillaron a guachichiles, negritos y pames. Con anterioridad había fundado Dn. Hernando Cortés, Santiago de los Valles, en las tierras bajas del Estado y los padres franciscanos el Real de Sta. María de las Charcas al norte de San Luis, al pie de otras minas argentíferas, pueblo que sufrió un feroz ataque por los indios borrados, los que masacraron a todos sus habitantes arrasando el caserío.

Como los chichimecas daban constantes muestras de inquietud por no poder adaptarse a la vida ciudadana, se trajeron indios de Tlaxcala y de Michoacán a fin de que éstos les enseñaran a los salvajes chichimecas a cultivar la tierra y a comportarse con urbanidad, pero todo fue inútil.

Las colonias mexicas y tlaxcaltecas traídas del sur no llegaban a muchos individuos; los colonos criollos e hispanos eran pocos y las tribus autóctonas estaban, bien a bien, exterminadas. Nunca San Luis Potosí había tenido tan poca gente como al finalizar el siglo XVI, pues se calcula para después de la guerra con los chichimecas unos sesenta mil habitantes en todo el extenso territorio.

De 1590 en adelante tenemos datos más precisos, como son los emanados de los censos de los conventos. Llegaron los misioneros como avanzada de la colonia, cambiando los antiguos dioses y el animismo de los chichimecas por la cruz y sujetando a los nativos que sobraron al proceso doctrinal de la cultura cristiana que se les imponía. Pese a los distintos conceptos de la suma de este penoso proceso de aculturación, los pequeños grupos de aborígenes, bajo encomienda o servidumbre, prosperaron de nuevo y crecieron aunque despacio, en su constreñimiento.

Se trajeron también muchos esclavos negros a San Luis, pero éstos quedaron circunscritos a las tierras huastecas y a las minas, los que a la larga se revolvieron con los nativos desapareciendo entre ellos como grupo étnico, aunque sus genes quedaron dominantes creando guapas cambujas que se remontaban hasta las capas altas de la sociedad hispánica.

Para darnos una idea de los pocos nativos que quedaban, en 1626 el censo de la población de Rioverde que era anteriormente tan poblado, era de: 79 coyotes; 134 mascorros; 131 otomites; 110 guachichiles y unos cuantos mecos: total 460 indios.

A pesar de todo, en pueblos como El Venado, se sostenía la población indígena gracias a los nuevos colonos traídos del Sur, pues el censo de 1674 nos da solamente 144 guachichiles contra 477 tlaxcaltecas y 165 tarascos, notoria minoría de los antiguos habitantes de estos terrenos ante los colonos indígenas sureños, pero al fin tan indios como aquéllos.

El pueblo de San Luis seguía prosperando pues era grande y muy cuantiosa la producción de metales finos, los franciscanos construyeron un enorme convento, después los agustinos, los mercedarios y los dominicos. Los que levantaron conjuntamente a su iglesia un enorme colegio, fueron los padres de la Compañía de Jesús, fundando la primera cátedra de instrucción superior. Notable fue la labor desarrollada por el jesuita Dn. Luis de Molina, que sin mayores medios cimentó, primero un patrimonio sólido y cuantioso que le asegurara el financiamiento de la Comunidad y de las costosas obras que todo ello requería. Después, con celeridad, construyó el templo, el convento y el colegio, obras que aún perduran en nuestros días como asiento de la Universidad potosina. Es de justicia reconocer al padre Molina como el organizador de la instrucción superior en la Ciudad. El colegio se inauguró en 1632 bajo la dirección del padre Dn. Francisco Cabrera.

Para 1637 el pueblo estaba en crisis, pues decayó en forma alarmante la saca de metales en los reales, con lo que aminoró enormemente el circulante; se cerraron muchos comercios y la gente comenzó a volver los ojos al campo

ya que no a la minería, al grado de que se despobló el nuevo pueblo y ni las casas que estaban en la plaza se podían alquilar, y eso que los arrendamientos iban entonces de siete pesos por una casa grande a diez pesos por un buen local comercial.

A principios del siglo XVIII ya se habían fundado casi todas las poblaciones principales de la región que fueron en su mayor parte establecidas por misioneros de San Francisco.

Durante todo el siglo XVII y gran parte del XVIII San Luis estuvo gobernado por un Alcalde Mayor sujeto a la Real Audiencia de México. Fueron estos años de paz y de trabajo fructífero; se construyeron los mejores monumentos religiosos que tenemos; se fundaron las grandes haciendas y se descubrieron todos los centros mineros, cuyos metales se procesaban en numerosas haciendas de beneficio. Entonces era un ir y venir de emigrantes españoles, los que, después de hacer fortuna, volvían a sus lares, pero muchos, los más, se quedaban y formaban grandes familias criollas que seguían usufructuando la riqueza creada por aquellos en haciendas, minas o comercios.

Se hicieron también en esos años cuantiosas fundaciones en favor de conventos e iglesias, que sostenían escuelas y hospitales para el pueblo. Fue una época constructiva y, hay que tener en cuenta que lo que los españoles constituían era para durar por siglos, así como toda organización política, social y administrativa, las cuales quedaron en el medio potosino bajo formas básicas e indestructibles en las que aún descansan nuestras más evaluadas tradiciones.

La Ciudad de San Luis, durante los siglos coloniales, rodeada de importantes reales de minas, fue productora de plata en grandes cantidades, convirtiéndose también en la puerta de los grandes territorios norteños, ya que era el centro más al septentrión de la Audiencia de México la cual sostenía una pugna constante con la Audiencia de Nueva Galicia por el control de esos territorios.

En el año de 1628 y dada la importancia que había alcanzado la minería, se dotó al pueblo de unas cajas reales para mejor controlar la recaudación de los tributos llamados "Los Quintos Reales" y en 1655, se le dio el título de Ciudad concediéndole un escudo en que fundar su prosapia.

En 1720 se mandaron al Nuevo Reino de León, hoy Monterrey, 120 familias indígenas desde San Luis Potosí, para poblarlo de nuevo, pues su autóctona población había casi desaparecido. Pero en la Sierra Madre, escondidos entre arcabucos y peñascales en aquellas cumbres serranas, por demás inac-

cesibles, se calcula que había alrededor de tres mil indios en pie de guerra, y en las lejanas llanuras de los desiertos norteros, ya fuera del Estado, vivían más de trescientos mil chichimecas alzados. Esto nos da una pauta para creer que la desaparición de los chichimecas de la escena potosina se debió a que muchos de los rendidos de paz, huían hacia el norte a unirse con sus congéneres en pie de guerra.

En 1738 se fundó el convento del Carmen, gracias al cuantioso donativo de un rico minero, Dn. Nicolás Fernando de Torres, construyéndose en los años que siguieron uno de los monumentos de arquitectura mística más ostentosos de México, siendo éste un verdadero alarde de estilo barroco churrigueresco tan de moda años atrás en la Península.

San Luis Potosí no se quedaba a la zaga en el florecimiento artístico del dieciocho, pues por toda la ciudad se hacían obras portentosas como eran las elegantes mansiones, los retablos dorados de los altares, las torres y cimborrios de las iglesias que se adornaban en cuadros de mérito reconocido, esculturas y orfebrería de maravilla y una arquitectura que hasta ahora no se ha podido superar.

El cronista franciscano fray José Arlegui, escribía en 1743 que "...la Ciudad de San Luis Potosí era de las principales de Nueva España: que contaba con 30 tiendas de mercaderías de géneros de Castilla y de la tierra, con 17 tendajones gruesos que vendían el piloncillo de la huasteca, mucha azúcar, cacao, pimienta, canela y otras especias; que había múltiples y avezados artesanos como sastres, carpinteros, herreros, sombrereros, tejedores, curtidores, albañiles, hojalateros, pintores, armeros, encuadernadores, doradores y numerosos y hábiles plateros. Que también tenía sus industrias como eran las tenerías de cordobanes, cuerdas y badanas, más los telares en que se hacían frasadas, colchas y alfombras; también la fábrica de salitre, el que se enviaba a México y, lo más importante, las haciendas de beneficio para sacar plata, porque, aunque decadente como andaba la minería, los metales del Cerro de San Pedro pagaban aún anualmente 60,000 pesos en reales quintos, con haber 100 hornos de fundición en ellas. Se apreciaba la penuria que iba pasando la minería en atención al recuerdo de los viejos tiempos, en los que el oro y la plata abundaban enormemente. También decía de los moradores de la Ciudad, que todos ellos eran muy nobles y honrados vecinos, quienes heredando con la sangre la virtud, eran muy dados a lo bueno y muy afectos al culto divino".

En 1763, el temido matlazahuatl (tifo) destruyó a familias enteras, por lo cual, después de la plaga, se tomó un censo en todo el Estado para ver cuan-

ta gente había quedado. Dicho recuento dio por resultado lo que sigue: en 1774 el vecindario de la Ciudad se componía de 2,147 familias de españoles, mestizos, indios y mulatos, de los cuales una cuarta parte eran conocidamente indios de distintas naciones, factor que daba una población no menor de 12,000 almas, y 81,000 para toda la Alcaldía Mayor. Nos dice Dn. Primo Feliciano Velázquez citando al *Teatro Americano*.

En esta época constructiva, fue el mestizaje el que salvó, absorbiéndolas, a las razas antiguas de este territorio que sin este hecho hubieran desaparecido inexorablemente, como sucedió en tantos otros lugares de América, desarraigadas como se encontraron de su perturbado medio.

También con el mestizaje se hizo la fusión más completa entre lo aborígen y lo europeo, erradicando aquel grupo venido de ultramar, así como también se han fusionado en una raza común todos los otros grupos étnicos importados, como el africano y el mongol.

Después de siglos de gestación se impusieron los genes dominantes del mestizaje, el que por número y fuerza llegó a crear lo mexicano auténtico, ya sin mayores diferencias raciales ni anacronismos históricos.

1767 fue un año aciago para S.L.P., pues se registraron serios tumultos que estallaron con pretexto de la expulsión de los jesuitas. La rebelión fue ahogada con mano de hierro, pero las autoridades se vieron en un apuro tremendo ya que la plebe se apoderó de la ciudad liberando a los presos, incendiando las Casas Reales y saqueando los principales comercios. Pedían a gritos el degüello de los españoles y el desconocimiento de Carlos III. Al fin fueron los mismos padres de la Compañía de Jesús los que calmaron la barahúnda que se le formó al Alcalde.

En 1777 comenzó a hacer ruido un nuevo descubrimiento minero situado en la sierra del Astillero, por Matehuala. Tomó cuerpo el rumor, revelándose en toda su magnitud con el fantástico descubrimiento que hizo un indio negro de Charcas. Fue tal la riqueza prístina de ese hallazgo, que el arrebato de llegar allá de todos los mineros dejó solos a los demás reales de la comarca, al grado de que en unos cuantos días se formó un pueblo grande en aquellas heladas cumbres. Fundó el pueblo allá en su ventilada soledad Dn. Ramón Ureche, cosa que objetó Dn. Silvestre López Portillo, quien fue nombrado comisionado del nuevo Real al que gobernó acertadamente durante varios lustros. Al pueblo se le llamó La Purísima Concepción de los Alamos de Catorce.

En 1787 se cambió el sistema de gobierno interior del Reino, de Alcaldías

Mayores a Intendencias, quedando la de San Luis Potosí de enormes proporciones y de un potencial económico fantástico. No perduró mucho el enorme poder reconcentrado en esta Intendencia a cargo del anciano Dn. Bruno Díaz de Salcedo, el brigadier Calleja y Dn. Manuel de la Gándara, pues pronto habría de estallar el segundo intento serio de independencia, que esta vez alcanzaría proporciones incontrolables ya que contaba con mejores dirigentes y respaldo más seguro.

En un censo de 1793, cuando el territorio de México estaba subdividido en Intendencias, la de San Luis Potosí que engolfaba además del territorio potosino, los norteños de Tamaulipas, Coahuila, Nuevo León y el enorme territorio de Texas, tenía una población, toda la Intendencia, de 250,000 gentes, de las que 9,000 vivían en la ciudad capital. La cantidad anotada para este enorme territorio parece sumamente baja pero hay que tener en consideración que todo el norte estaba casi deshabitado, salvo unos cuantos presidios y misiones, además de no haberse tomado en cuenta el gran número de indios trashumantes en pie de guerra que vagaban por las llanuras norteñas.

La cuenta de saca de metales asienta que en 1788, se introdujeron en las Cajas Reales de San Luis Potosí, 2,649 barras de plata; 56 con ley de oro, y cinco de oro: total 2,710 barras con valor de \$3,058,490.00 pesos los que pagaron por derechos al Rey \$331,000.00 pesos por quintos reales. Patentiza esto el descenso en la gráfica de la producción de metales y por ende en el laboreo de minas, las que cada vez se hacían más profundas y llenas de agua.

Fue tal la influencia de los religiosos de los numerosos conventos de la Ciudad, ejercida en estos siglos sobre la mentalidad de sus habitantes, que lograron crear un grupo social altamente fervoroso y místico. La vida se desarrollaba en un medio tan quieto y falto de empresas materiales que lógicamente la actividad espiritual era la que absorbía el pensamiento de aquellas personas. Su vida diaria estaba regida por las múltiples campanas de las iglesias, por demás sonoras, que cuando no estaban llamando a misa lo era el rosario; o si no a vísperas o maitines, o tocaban a muerto, grave, pausadamente; o se arrancaban con un repique ruidoso por una festividad, llenando el ámbito de las calles y patios con sus resonancias. Las procesiones, que las había muy fastuosas y concurridas; los ejercicios espirituales, o las temibles misiones, en las que se anatematizaba a todo el mundo, rompían la monotonía de la vida; naturalmente, la concatenación de todo ello, hicieron de los potosinos unos católicos por demás fervientes y piadosos que llegaban al fanatismo pasivo.

El pueblo en general obedecía a sus padres espirituales y nadie se atrevía

a proyectar su pensamiento fuera de los cánones establecidos. Cuando algunos comenzaron subrepticamente a conocer las ideas de los enciclopedistas franceses y se echaron fuera del redil, se encontraron ante horizontes vastísimos y extrañamente prometedores. El Reino había llegado a un estado de superación económica y social bastante difundido y la gente buscaba un cambio, el cambio que las circunstancias demandaban; había demasiada energía populachera acumulada y riqueza creada en las altas esferas, que junto con el resquemor, alentado por potencias extrañas, hacían una combinación altamente explosiva y violenta.

Cuando brotó la revolución de Hidalgo en contra del régimen colonial, fue secundado en San Luis por un puñado de insurgentes capitaneados por legos y frailes. Esta revolución causó serios daños en la Ciudad, pues fue entregada al saqueo varias veces por los insurrectos con muchos monstruosos asesinatos de españoles y honorables vecinos.

Fue de San Luis de donde salió Dn. Félix María Calleja del Rey, su comandante, a batir a los insurgentes, derrotándolos varias veces hasta culminar con un triunfo arrollador en Puente de Calderón, de donde se dirigió a la hacienda de Bledos con toda su tropa a celebrar con su familia el triunfo de las armas reales.

III. LO VERNÁCULO

San Luis Potosí fue erigido en Estado en 1824, con sus actuales límites más o menos, y con Dn. Ildefonso Díaz de León como su primer gobernador constitucional. El censo de la Ciudad dio 12,000 habitantes pero en 1833 se vio afectada de nuevo por otra terrible epidemia, el cólera morbus, pereciendo en unos cuantos meses la cuarta parte de la población. Los apocalípticos jinetes se dieron gusto en esa época pisoteando al desdichado Estado, el cual, despoblado de gente, sin dinero, sin semillas ni ganado en las haciendas, estaba en la decadencia y la recesión más completa.

Entonces, la Ciudad de México contaba con 160,000 habitantes y estaba en manos de un gobierno dictatorial bajo Vicente Guerrero y también en una penuria económica perenne de la cual no podía salir. ¡La situación en todo el País era desesperante!

En la década de 1830 se inicia la lucha entre federalistas y centralistas que habría de durar muchos años, alternándose en el gobierno de San Luis funcionarios de uno y otro bando. Esta circunstancia frenó el desarrollo de la

Ciudad la cual siguió envuelta en la violencia. Fue entonces cuando se dieron las dos tremendas batallas; una en Pozo del Carmen el 3 de agosto de 1832 y la otra en Dolores Hidalgo, donde fue derrotado el ejército potosino que iba a la conquista de la ciudad de México al mando del general Moctezuma y de Ponciano Arriaga. Ocho mil cadáveres yacen enterrados en una larga fosa en las lomas del Gallinero.

Después se sucedieron los conflictos con Texas y Estados Unidos, ayudando el Estado con todos sus recursos y mucha gente, pues de la capital llegó Santa Anna sin medios pecuniarios y sin ropa para su desmedrado ejército. Después de mil exacciones, levas y toda clase de sacrificios para los habitantes de San Luis, nos encontramos, al final, ante una vergonzosa retirada y un campo cubierto de cuerpos mutilados, allá por San Jacinto.

Como compensación a todos los sacrificios y frustraciones, ganamos el honroso título de "San Luis de la Patria".

De los años de 1841 a 1847, el territorio potosino sufrió varias incursiones de indios comanches que se descolgaban desde la frontera con el subsecuente perjuicio por incendios, robos, raptos y matanzas en haciendas y rancherías.

Siguió en apogeo la revolución después de las desastrosas guerras en las que perdimos más de la mitad de nuestro territorio (Destino Manifiesto) ya por una causa, ya por otra, implacables, como la de Eleuterio Quiroz en la Sierra Gorda, que causó graves perjuicios pues gran número de pueblos y haciendas, como la de San Diego, fueron saqueadas y quemadas.

Después vino un período de paz o de cansancio, durante el cual se distinguieron por sus ideas liberales un montón de políticos de segunda que se hacían pasar por redentores de las clases populares, profesión que siempre ha dado buenos resultados, destacándose el inquieto político potosino Ponciano Arriaga, el que ganó una estatua en el Paseo de la Reforma de la Capital por su decidida intervención en la constitución de 1857.

Por esos años el censo de San Luis Potosí daba 400,000 habitantes para todo el Estado y 27,000 para la Ciudad. Era ésta en aquella época, un lóbrego pueblo en el que la gente se consumía de fastidio. Hacia el norte se extendía el caserío unas cuantas cuadras de la plaza principal; al oriente estaba limitada por el extenso convento del Carmen; al sur por el de la Merced y su hospital; al poniente llegaba apenas a la Alameda de Bracamontes y lo demás eran solares bardados con órganos y magueyes. Unas cuantas huertas, regadas con los escurrimientos de la Sierra o algunas exprimidas norias, ale-

graban con sus verdes la periferia. Los viejos graseros de fundición, formando negras colinas rodeaban el caserío por todos lados; más allá no había más que llanadas de cactáceas y chaparral, donde nacían, al más ligero soplo de viento, unas enormes nubes de polvo que todo lo envolvían... de ahí el mote de San Luis Polvosí.

Después, para no perder la costumbre, vino la guerra de reforma, en la cual tomó parte muy activa la ciudadanía potosinense, desarrollándose la batalla del Puerto de Carretas en abril del 58, y la de Ahualulco en septiembre del mismo año, la que resultó mortal para miles. Después de ella, el general Dn. Miguel Miramón entró triunfante a la Ciudad.

Vidaurri huyó a punta de dígila hasta Monterrey no sin antes quemar los trenes de carros cargados con el producto de los saqueos en la Ciudad y entre ello parte del archivo histórico del palacio de gobierno.

Para 1861 estábamos de nuevo en guerra, esta vez con Francia, aportando San Luis nutridos contingentes de rancheros y efectivos. A poco llegó Dn. Benito con sus ministros donde instalaron el gobierno de la República, pero tuvieron que abandonar la plaza pronto al acercarse las fuerzas de Tomás Mejía, el destacado general del Imperio. Al fin, el 13 de enero de 1864 el general Castagny, de los ejércitos de Napoleón III se apoderó de la Ciudad, alojando a toda su oficialidad en casas particulares, de donde resultaron varios matrimonios, como el del Gral. Madelor con la guapa Srita. Sanjuán y los de varias señoras con afición al idioma galo. A fines de 1866 las fuerzas francesas abandonaron San Luis, que fue inmediatamente ocupado por el ejército republicano que comandaba el Gral. Escobedo, llegando a los pocos días el presidente Juárez a dictar la fatal sentencia en contra del abandonado Emperador.

Para estas fechas el censo que da el geógrafo Fco. Macías Valadez en sus apuntes geográficos y estadísticos del Estado, dan 500,000 habitantes en todo el territorio del Estado y 40,000 para la Ciudad de San Luis Potosí.

La paz que trajo el triunfo de la República hizo mucho bien a la destrozada economía del Estado y los potosinos; con renovados bríos, acometieron la empresa de levantar a San Luis de la ruina en que tantas guerras y revoluciones lo habían hundido. Pero no duró mucho el entusiasmo pues a poco estallaba de nuevo la revuelta que encabezaba esta vez el general Dn. Porfirio Díaz, durando la trifulca hasta que alcanzó el triunfo completo que lo llevó al poder.

Hasta aquí la diferencia que había entre las ciudades del interior y la

metrópoli no era mucha; tal vez un poco en número de habitantes pero no en clase de vida social. La ciudad de México era pequeña pues apenas si llegaba su ámbito un poco más allá de la Alameda Central y a seis cuadras del Palacio de Gobierno, hacia el sur, terminaba el caserío en una secuencia de huertos y ciénagas; en cuanto al número de habitantes se mantenía alrededor de los 200,000 habitantes. Pero después de la última y desastrosa revolución y su agrarismo, que aventaron a las masas de población de los pueblos y ciudades del interior hacia la Capital, ésta dio un salto en número de habitantes tan desmesurado, que se distanció en forma total de las pequeñas ciudades estatales cosa que trajo también una diferenciación en calidad y modo de vida social: el contraste que hay entre una megalópolis internacional y el pueblo vernáculo.

Durante los treinta años de paz que siguieron floreció el Estado, llegando a la cumbre del bienestar económico. En San Luis fue electo gobernador el general Carlos Díez Gutiérrez, hombre de carácter e iniciativa. Durante su gobierno hubo innumerables mejoras que cambiaron en mucho la fisonomía de la abatida Ciudad. Se gozó entonces de paz y tranquilidad, una paz que tanto el pueblo como los empresarios necesitaban, condición que creó la época más floreciente y feliz de aquellos días. En estos años de paz y prosperidad se construyó mucho de lo que hoy es la ciudad; fastuosos edificios se levantaron dándole categoría a las calles; enormes y ricas mansiones se construyeron por toda la población y ésta era una de las principales y de mayor movimiento en la República.

Una estadística de 1910 nos da como población del Estado el número de 575,432 habitantes, y para la Ciudad el de 61,000 ; Comenzábamos a crecer! Aquel enorme y efectivo poder político que controlaba los destinos del País se derrumbó con estrépito al grito maderista de ¡Sufragio efectivo, no reelección!... Las ya numerosas clases populares esgrimieron con entusiasmo las armas, buscando una forma de gobierno más propicio al interés general del populacho que rechazaba las desigualdades estáticas de una sociedad terrateniente basada en el absolutismo del dueño de la tierra. ¡La verdad era la explosión demográfica!

Después del asesinato del presidente Madero en la Capital se extendió por todo el Estado el desconcierto político, cayendo el gobierno en la más espantosa de las anarquías. Se extendió la revolución por todo México y el estado de San Luis Potosí se vio asolado por la embestida de las fuerzas en lucha y por un sinfín de alzados que no eran más que salteadores y abigeos que nadie castigaba. Las áreas rurales se volvieron invisibles y todas las fuentes de trabajo quedaron paralizadas. Con esto vino un éxodo de las haciendas

y ranchos a las ciudades grandes, pues hasta los pueblos chicos quedaron abandonados.

Los trastornos eran múltiples, ya que la moneda circulante casi desapareció, hasta que fue sustituida con papeles que de un día a otro perdían su valor, pues eran muchas las emisiones que se ponían en circulación y que a poco se cancelaban, hasta que se comenzó a usar de preferencia el dólar que se cotizaba a 30 por uno. Como en las haciendas no se trabajaba, el maíz se fue escaseando en todos lados, al grado de que la miseria se extendió hasta el último de los rincones del Estado, el kilo se cotizaba a dos pesos en lugar de los seis centavos que valía antes de la revolución, y a pesar de ello, la gente se desesperaba, pues aunque tuviese papeles en la mano no había nada que comprar. En la Ciudad la situación se volvió crítica: en las calles vagaban turbas hambrientas de mujeres y niños y para mediados de 1917 no se conseguía que comer a pesar de la Junta Reguladora de las subsistencias. El saqueo de las residencias fue general.

Empeoró la situación a fines de 1917 con una epidemia de tifo que mató mucha gente. Muy despacio comenzaron a mejorar las condiciones, los gobiernos locales se volvían poco a poco más estables y los granos se importaban en grandes cantidades de los Estados Unidos; los dólares circulaban libremente y en abundancia, gracias al auge petrolero de Tampico, puesto que San Luis era paso obligado para ir aquel puerto.

Pero para septiembre de 1918 se presentó en San Luis Potosí una terrible epidemia que se dio en llamar "influenza española" la que mataba a las personas en unos cuantos días.

La peste se extendió por ciudades y ranchos al grado de que muy pocos hombres quedaron en pie, dando por resultado que se paralizaran de nuevo todos los trabajos. La mayor parte de los que morían eran jóvenes y mujeres, pereciendo, en ese nefasto invierno, alderredor de un diez por ciento de la población total del Estado. Ésta fue la última gran plaga que azotó a San Luis y contra la cual no hubo defensa.

Después el gobierno cayó en manos de hombres que ejercieron el poder en forma dictatorial, tratando de levantar la decaída economía, pues todo el Estado estaba en la ruina más completa y decadencia más envilecida.

Hace apenas unos lustros que comenzó a mejorar la situación después del impacto agrario el que causó serios trastornos en la economía del Estado y del que aún hoy estamos pagando sus consecuencias, pues el reparto precipitado de las haciendas entre la peonada, trajo una disminución catas-

trófica en la producción agrícola y pecuaria, la que parece nunca se repondrá a pesar de los miles de millones que se emplean en sacarla de la regresión en que cayó.

Decía un sabio refrán: "Presta un huerto y a poco tendrás un erial; da en propiedad un erial y al poco tiempo tendrás un huerto".

Hasta estos años, la población se mantuvo más o menos dentro de un crecimiento moderado y estable, pero de ahí en adelante, gracias a las condiciones higiénicas mejoradas por las maravillosas medicinas descubiertas en los últimos años; al libertinaje rural, y a condiciones económicas mejores, el crecimiento de la población se vuelve desorbitado, insólito, y da un salto enorme en la gráfica que alcanza alzas casi verticales. El censo de 1950 da para el Estado 850,000 habitantes y, para la Ciudad 130,000.

Corrieron los años, años de paz y prosperidad, y para 1960 San Luis Potosí había llegado a ser una ciudad moderna, en plena expansión la cual comenzó a figurar como uno de los polos industriales del País, un importante cruce de carreteras y centro comercial de gran potencialidad.

El censo de 1960, muy detallado y completo, señala para todo el Estado un millón de habitantes y para la ciudad 165,000.

Hoy en 1977, la Ciudad de San Luis Potosí cuenta con una población de 300,000 habitantes, de los cuales 160,000 son mujeres y 140,000 hombres. ¡La totalidad en todo el Estado es de un millón y medio de almas, con uno de los índices de natalidad más altos del mundo!

A pesar de ello, la ciudad de San Luis Potosí no llegará nunca a ser una gran concentración humana por las carencias de que adolece; se mantendrá dentro de un límite razonable de ciudad chica, con reminiscencias de pueblo colonial, con su atmósfera límpida y el ámbito de sus casas lleno aún con las resonancias de las campanas de sus múltiples templos.

UN GOLPE DE ESTADO CONTRA HERNÁN CORTÉS *

GUILLERMO PORRAS MUÑOZ

EL TÍTULO QUE HE puesto a este trabajo, con el que pretendo hacer méritos para ingresar a esta ilustre institución gracias a la benevolencia de sus miembros, pudo ser también "La primera insurrección en la Nueva España" o, con tono más dramático, quizá "La gran traición". Cualquiera serviría para anunciar las escenas que vamos a tratar de describir, que se refieren a aquel momento de la Historia de México, cuando el factor de la Real Hacienda de la Nueva España, don Gonzalo de Salazar, logró arrebatar el poder a Hernán Cortés, quien se encontraba en el apogeo de sus glorias terrestres, siendo gobernador y capitán general de la tierra recién conquistada.

Para entrar en la escena, primero tenemos que remontarnos al año de 1524 y, además, plantear algunos de los antecedentes que hicieron propicio el artero cambio de gobierno, e ir introduciendo a los personajes que van a actuar en la trama.

En 1524, como es de todos sabido, la paz que siguió a la gesta de la conquista se había asentado firmemente. La nueva Tenochtitlan surgía de las ruinas de la capital vencida y ya estaba bastante adelantada su construcción.

* Trabajo presentado el 30 de junio de 1975 para ingresar a la Academia Nacional de Historia y Geografía; antes de iniciar su lectura, el Dr. Porras Muñoz dijo: "Quiero dedicar este trabajo a dos personas que tengo muy dentro de mi corazón: a Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, a quien, después de Dios, debo mi vocación y mi sacerdocio. Desde que tuve el privilegio de conocerlo en 1947, siempre me alentó a proseguir mis estudios de Historia. Sinceramente conmovido por el fallecimiento de Monseñor Escrivá en Roma, apenas hace cinco días, creo con certeza que esta ceremonia le habría dado una gran alegría. También lo dedico, con mi amor y agradecimiento, a quien, por haberme dado la vida, es culpable de que yo esté aquí: a mi madre, presente entre nosotros".